

# Una historia del conflicto armado: Entre la violencia y la resistencia

Por: Ronald Alfaro García  
Voz: Juan Ancendra

El presente relato intenta mostrar otra esfera de la violencia, por medio de las expresiones de resistencia y superación personal que vive una víctima del desplazamiento forzado. Esta narrativa está imbuida en la conciencia de un personaje ordinario que tuvo que vivir situaciones extraordinarias en su vida cotidiana. No obstante, esta historia representa mínimamente sus sentimientos, deseos y vivencias, porque los constreñimientos de la violencia van más allá de lo que podemos expresar en palabras.

Santa Marta posee alrededor de 500.000 habitantes y, según datos oficiales, 25 de cada 100 personas han sido víctimas del desplazamiento forzado, esto conduce a decir que gran parte de su base social está constituida por personas sometidas a violaciones de derecho humanos. Esto también da cuenta de la necesidad que existe de enunciar por todo medio posible qué tipo de ciudad es la que

estamos viviendo y qué tipo de ciudad estamos dispuestos a construir.

Es muy difícil que cada samario haga una reticencia en su vida cotidiana sobre el desplazamiento forzado y piense de alguna manera cómo reparar a las víctimas de la guerra que viven en nuestra ciudad. Quizás sea indiferencia, desidia o ignorancia; en todo caso, debemos recordar que la reparación a las víctimas de la guerra no es sólo una cuestión de Estado, sino que como sociedad civil poseemos esta responsabilidad.

La política pública de Estado ha mantenido un corte tremendamente asistencialista que refuerza la violencia estructural y socava la dignidad de las víctimas. Igualmente, la justicia desequilibrada entre víctimas y victimarios oscurece el panorama de la reivindicación social de las víctimas. Es por ello que no debemos olvidar los

procesos históricos de la región y exaltar la memoria viva que plasman muchas organizaciones de víctimas del país, que intentan redignificar la historia de las víctimas por medio un activismo pacífico y valiente en todo nuestro territorio.

Hoy más que nunca debemos recordar y apoyar a aquellos que entregan sus energías a la consagrada labor de cooperar con el violentado. La historia de este personaje es sólo una muestra de cómo muchas personas participan activamente en la reparación de las víctimas y hacen memoria desde la acción, mediante hechos que redefinen nuestra noción de apoyo. Ojalá este relato invite al lector a reconocer las formas de perdón y reconciliación que se dan dentro de la violencia, puesto que es únicamente mediante acciones de lucha contra aquello que es injusto que se construye nuevamente un país.

# El éxodo

Yo soy Juan Ancendra, de 56 años de edad. Tuve tres hijos con mi antigua esposa, pero actualmente tengo 5 hijastros con mi actual compañera, todos son niños, la mayor tiene 15 y el menor tiene 2 años. Cuando era joven, trabajé la ganadería y el cultivo en la tierra de mi padre que quedaba en Bosconia, creo que fue ahí donde aprendí a ser campesino, al igual que mis hermanos. Cuando crecimos, todos empezamos a buscar tierra independiente.

A lo largo de mi vida me han desplazado cuatro veces. Recuerdo que la primera vez fue del municipio de Aguablanca, del departamento de Cesar. Allí me dedicaba a la vida de campo, como todos en esa región. Allí tenía unas vaquitas, café, plátano y otros sembrados. Eso fue alrededor de 1975. Sin embargo, en esa región llegaron unos grupos guerrilleros y empezaron a imponer sus leyes en la región, sobre todo obligándonos a asistir



a sus reuniones, pero a mí no me gustaba eso. Y por no asistir a sus reuniones, uno de ellos se “enamoró” de mí y empezó a decirme en todo momento que me fuera de allí. Una vez yo iba con mis vacas y él me dijo que no volviera a la finca porque ya no era mía.

De ahí me fui para Mingueo, en el departamento de Guajira, y trabajé la agricultura durante un tiempo. Allí se daba el guineo, plátano y otras cosas, simultáneamente establecí una tiendita en el pueblo y me iba bien; sin embargo, en esos años había guerras entre los nativos (indígenas) del pueblo por la bonanza marimbera, a veces amanecían hasta 7 muertos en el cuartel de la policía, esto lo hacían para que los policías no tuvieran el trabajo de hacer el levantamiento del cadáver, fomentando el terror en el pueblo. Resulta que, una vez, un amigo mío hizo un tiro en la casa porque se estaban robando unas gallinas, eso despertó muchos malos entendidos entre los indígenas y nosotros, porque tomaron el disparo como una amenaza hacia ellos, lo cual provocó su ira, amenazándonos todo el tiempo, y nos tocó huir en la noche.

Después me fui para más delante de Caracoli, en el departamento del Cesar, a un lugar llamado la Sierra de Caperucho, entre María Angola y Bosconia. Ahí empecé a comprar mis animales, pero después se empezaron a armar grupos guerrilleros y ellos empezaron a cobrar gramaje (vacunas muy altas) y me tocó irme de ahí, porque me robaron todos los novillos que tenía y me dijeron que si me ponía a decir algo, sufriría las consecuencias. Que me fuera de ahí porque ya no era bienvenido en esos lugares.

Me desplace hacia Monte Rubio, una vereda cerca de Fundación, que es un municipio del departamento del Magdalena. La parcela en que yo vivía la estaba pagando por cuotas. Cuando llevaba un capital suficiente, como unos 6 millones de pesos, ocurrió el desplazamiento. Allí a todo el mundo lo iban sacando, porque esa tierra se la repartían entre los paramilitares. ¡Gracias Dios!, no usaron la violencia directa conmigo. Sin embargo, como yo nunca iba a sus reuniones me tildaron de guerrillero. Una vez les dije que “al pueblo ha llegado el ejército y la

guerrilla invitándome a sus reuniones y yo nunca he ido”, sin embargo ellos me contestaron “eso a nosotros no nos interesa, lo que nos interesa es que ¿si está con nosotros, está con nosotros, y si no está con nosotros, no es de nosotros!”

Yo viajaba continuamente a Santa Marta para comerciar, entraba y salía de Santa Marta, llevando la cosecha a Santa Marta y transportando pollo, arroz, mortadela a Monte Rubio, pero una vez me dijeron “que no podía estar entrando y saliendo, que si estaba allá, me quedara allá, y si estaba acá, me quedara acá”.

Ellos me robaron lo que tenía y me dijeron “mire, lo único que usted tiene es la vida suya y la comida que tiene, y mejor es que se vaya ya mismo del pueblo”. Ellos se quedaron con todo, lo único que nos llevamos fue la ropita. De allá me vine con mi primera compañera y los hijos.

Por allá había masacres de todo tipo, allá sucedía mucho que si el tipo que buscaban y lo alcanzaban a coger vivo, lo rajaban con una motosierra, y así mataban a todas las personas, ¡cruelmente! Le daban un tiempo a la persona para que desocupara, y si no desocupaba lo mataban.



Esa fue una de las cosas que me motivó para salir del pueblo porque, dije, si me quedo seré uno más de los que están muertos. Porque sucedía que hoy moría uno, mañana el otro, y ellos eran trabajadores igual que uno, personas emprendedoras, campesinos normales, luego uno escuchaba que los mataban.

## La llegada

Cuando llegué a Santa Marta intenté buscar a la familia que tenía aquí. Sin embargo, ellos se habían ido para los Estados Unidos. De ahí me trasladé a los barrios periféricos, para ver qué casa me daban a cuidar por ahí. Mi compañera, del estrés que teníamos y las cosas que nos habían pasado, ¡no aguantó y le dio parálisis facial! Entonces me tocó gastar un montón de dinero y perdí lo poco que tenía. Después salí buscando casa y encontré una en un solar e hice un ranchito en los Fundadores, pero enfermó mi mujer otra vez y me tocó vender el ranchito para pagarle los medicamentos y al poco tiempo la hijastra también se enfermó e hice un gasto tremendo en ella.

Bueno, luchando con mi esposa e hijastra enferma me fui involucrado cada vez más en el tema de luchar por la comunidad, es decir, trabajar por la salud de mi esposa y mi hijastra me llevó a ejercer cierto liderazgo en la población desplazada. Entonces el que tenía la hija enferma me preguntaba cómo había hecho yo, luego le indicaba la forma en que lo realicé y las personas iban

creyendo lo que yo hacía. En una ocasión ellos mismos (la comunidad) me propusieron hacer una Fundación donde yo fuera su líder, ellos decían que me iba bien sin ningún carácter jurídico, cómo sería como líder de una Fundación, representándolos jurídicamente.

La fundación FUNDEDIHUM se creó en el 2005 con 150 personas y de ahí en adelante me volví un trabajador incansable por el bienestar de las personas. Esta es una Fundación sin ánimo de lucro, que trabaja por la estabilización socio-económica, la convivencia y la paz. La idea es que la gente pueda tener un pequeño capital con que trabajar o tener un empleo digno para hallar una verdadera paz.

Por ejemplo, hacemos talleres sicosociales, micro-empresariales y emprendimiento empresarial. La ONG llamada Tierra de Esperanza nos ha capacitado mediante cursos sobre nuestros derechos y cómo conseguirlos, lo cual fue muy útil porque anteriormente yo tenía la capacidad de conseguir cosas, pero no tenía conocimiento de mis derechos y cómo se diligenciaban. Al principio del liderazgo, uno usa la fuerza bruta y pelea constantemente con los funcionarios para conseguir las cosas, pero cuando tú aprendes la vía legal ya tú sabes cómo solicitar un derecho a un funcionario, sin necesidad de agresiones.

Antes de crear la fundación estuve vinculado a la Junta de Acción Comunal (JAC) del barrio Los Fundadores, ahí

hice parte del comité de desplazados. Sin embargo, se presentaron una serie de problemas y renuncié al cargo. También estuve vinculado con la Fundación Sol Naciente, pero estuve poco tiempo; creo que ahí aprendí muchas cosas, pero después me salí.

Yo no recibo dinero de los miembros de esta fundación, lo que me motiva es la idea de ayudar a tantas personas necesitadas que viven en esta ciudad, que al igual que yo llegaron con las manos en la cabeza. Sin embargo, lo que puedo hacer por ellos y por mí es poco. Porque es responsabilidad del Estado que apoye a las víctimas del conflicto con soluciones reales y que realmente beneficien a la comunidad, mas no deploren su dignidad como persona.

Yo creo que la condición de desplazado no se acaba jamás, porque las enajenaciones y las pérdidas que sufrimos por el desplazamiento forzado son incalculables y supuestamente el desplazamiento forzado se acaba con la reparación integral a las víctimas. Entonces, me pregunto: ¿cómo van a reparar todo este daño? Por eso creo que la situación de desplazamiento forzado es permanente.

El futuro de la población desplazada es cada vez más lúgubre porque las políticas sociales están encaminadas a subsidios y paños de agua tibia, que a la larga no repercuten en la reestabilización socioeconómica. Sin embargo, nosotros seguimos luchando por nuestros derechos, para así dar un mejor legado a nuestros hijos. ■